

# LA CONSTRUCCION TECNICA DE LA DEMOCRACIA

**MATA, María Cristina**  
Universidad Nacional de Córdoba

## RESUMO

La creciente exhibición en los medios masivos de comunicación de distintas prácticas tradicionalmente reconocibles como prácticas políticas -desde las manifestaciones de carácter reivindicativo hasta las sesiones de debates parlamentarios-, pueden habilitar, y de hecho lo hacen, la consideración de un enriquecimiento y ampliación del espacio público que contribuiría al fortalecimiento de la democracia desde diversos puntos de vista: la información ciudadana, la expresividad de lo social, la vigilancia y el control de los actos de gobierno, entre otros. En este texto, consideraremos las consecuencias que, en términos de cultura política, adquieren los dispositivos orientados a dotar de máxima visibilidad a los actores y prácticas políticas, y que encubren bajo la ilusión de la transparencia, la opacidad del poder. A través de ese conjunto de consideraciones, plantaremos el papel que cumplen los medios masivos de comunicación en la pérdida de sentido político de las democracias actuales y su conversión en regímenes regulados técnicamente

**Palavras-chave:** Democracia. Mídias. Cidadania.

## 1 EL DEVENIR PÚBLICO DE LA SOCIEDAD

Reflexionando acerca de las características del espacio público en nuestras sociedades mediatizadas, Jean Marc Ferry ha señalado que "el público es, virtualmente, toda la humanidad" y que, correlativamente, el "'espacio público' es el medio en el cual la humanidad se entrega a sí misma como espectáculo" . Una afirmación semejante convalida un postulado que ha orientado y orienta varias indagaciones que venimos desarrollando: estudiar los públicos masivos es encontrar la claves por las cuales los individuos aceptan, en situaciones específicas y en relación con interpelaciones particulares, convertirse en seres genéricos como medio de inclusión en la dinámica de la producción cultural de la sociedad. Pero al mismo tiempo, estudiar los públicos es comprender de qué manera dicha conversión modela las nociones y prácticas que, más allá de la relación que se entabla con los medios masivos, regulan las interacciones sociales.

En tal sentido, el ser públicos deviene una condición disciplinada que supera el mero consumo y/o recepción de determinados tipos de medios o bienes culturales. Una condición que los individuos incorporamos a nuestras definiciones individuales y colectivas y que, entre otros rasgos, implica:

la aceptación de constantes sistemas de interpelación mediados técnicamente como vía de construcción de colectividades o comunidades, es decir, como vía de inclusión cultural y el reconocimiento de una capacidad performativa en la aceptación o rechazo de las interpelaciones recibidas: la capacidad de legitimar al interpelante y de crear las condiciones básicas que aseguran la eficacia de su interpelación.

Desde la instauración del rating televisivo o el porcentaje de venta de un título editorial como instancias que determinan la perdurabilidad de programas y libros, hasta la calificación y estabilidad de programas educativos de acuerdo a la cantidad de inscripciones que reciben, ser público opera imaginariamente como recurso efectivo de intervención en la toma de decisiones en el ámbito institucional y en el espacio del mercado. Al mismo tiempo, sustraerse a las interpelaciones implica la desconexión: no

conocer -en nuestro país- la última "calificación de riesgo" o el último desterrado de la casa de El Gran Hermano, resulta tan sospechoso, tan restrictivo de una mínima socialidad como no incorporar en términos alimenticios las proposiciones (benéficas o no) de un régimen rico en fibras. Pero, en un mismo movimiento, aceptar algunas interpelaciones y desechar otras sienta las bases del reconocimiento entre iguales y la diferenciación, la ubicación en franjas, rangos, espacios distintivos que proveen cierta seguridad en un mundo cada vez más homogéneo y contradictoriamente fragmentado.

Ser público implica así una suerte de obligación y una esfera de posibilidad: la obligación de integrarse superando incluso mediante ese procedimiento diferencias económicas, territoriales, étnicas, de género u otras, y una doble posibilidad, la de distinguirse y la de participar mediante demandas -en que se traman complejamente intereses contradictorios y hasta antagónicos y cuya satisfacción es clave para la estabilidad de diversos poderes- en la dinámica social.

En la esfera de la institucionalidad y la práctica política, este devenir "público" de la sociedad constituye un dispositivo clave para abordar algunas de sus transformaciones, estrechamente vinculada a las transformaciones de la comunicación, y con consecuencias significativas para lo que se representa hoy como sistema democrático.

Una de sus manifestaciones más nítidas, en la escena política argentina de los últimos tiempos, es la fundamentación de los actos de gobierno en variados sistemas de consulta individual a los ciudadanos: candidatos que encargan sondeos de opinión para traducir sus resultados en plataformas electorales, funcionarios que citan datos proporcionados por encuestas de diversa naturaleza como razón suficiente de decisiones, reparticiones públicas que "evalúan" su labor mediante cuestionarios ad hoc.

Esas estrategias -al igual que las permanentes consultas implementadas por los medios masivos de comunicación y ofrecidas como base para decisiones de políticos, gobernantes y ciudadanos- que colocan a los individuos particulares y aislados en el centro de la formulación de lo que se convertirá en "acción política", es deudora de una de las tecnologías que, como señalan entre otros Jacques Rancière y Loïc Wacquant, modelan hoy con mayor pregnancia la idea de colectividad y de saber: la encuesta de opinión.

Por un lado, la encuesta se propone como un procedimiento inclusivo y aglutinador: todos quienes intervienen en él son enfrentados a problemas-interrogantes comunes; además, en el procesamiento de los datos, ese amplio conjunto de individuos es agrupado según categorías que identifican y diferencian. De ese modo, los resultados

finalmente obtenidos y difundidos revelan colectivos abstractos pero distinguibles por rasgos que reenvían a la materialidad de lo que se es: mujer u hombre, habitantes de tal o cual sector, jóvenes o viejos. La "población encuestada" -que en ciertos casos presenta rostros particulares en sus apariciones gráficas o televisivas- constituye un nuevo modo de ser colectivo en el que cada sujeto se reúne en ausencia con sus pares, participando en la construcción de un ideario común.

Al mismo tiempo, esa estrategia enunciativa pone en juego un efecto de igualación: cada individuo sometido a encuesta, interpelado con un instrumento común tiene, imaginariamente, las mismas posibilidades y oportunidades de respuesta. La normalización discursiva producida por un cuestionario encubre la modelación histórica del habla, sus particularidades y constricciones de clase, de género, de raza, de localización geográfica, de edad... Se encubre, para decirlo de otro modo, la regulación política de lo social, el lento pero marcadamente férreo diseño de un orden hecho de jerarquías y distinciones, los conflictos que, en razón de los modos de obtención de la información y de su procesamiento, se disuelven en un sistema de diferencias.

Por último, el recurso a los individuos en tanto informantes, pone entre paréntesis la existencia de organizaciones y grupos como espacios de expresión de necesidades y problemas y ámbitos de conformación de opiniones legitimadas. La "opinión pública" es asimilada a lo que cada quien piensa y opina negando su carácter de juicio elaborado colectivamente mediante el debate de ideas y dificultando la identificación de los procedimientos y fuentes a partir de los cuales se construye ese pensar particular. La figura del individuo -con necesidades e intereses subjetivamente vividos- ocupa el centro de la escena democrática desdibujando la trama constituida por intereses y vivencias socializadas y la existencia de proyectos ideológicos más o menos afines o antagónicos

Por otra parte, las verbalizaciones individuales transformadas en información -la que resulta del procesamiento de una encuesta y que a menudo se difunde en los medios- se erigen en incuestionable saber social en tanto se objetivan y distancian de lo inmediato gracias a procedimientos estadísticos. Así, la encuesta es propuesta y asumida como un sistema experto que reduce la incertidumbre y que, en consecuencia, tendría la capacidad de definir per se los cursos de acción de políticos, gobernantes y funcionarios que, de tal suerte, quedarían exentos de toda responsabilidad intrínseca, de todo riesgo, bajo el amparo de la representatividad y la objetividad.

La centralidad de los hablantes particulares, la centralidad de su decir como fuente de la acción política, remite a la indeferenciación de los saberes o, si se quiere, a la igualación de la doxa con el conocimiento técnico-científico (incluido el

conocimiento que supone el quehacer periodístico y el quehacer político-partidario). Esa igualación diluye imaginariamente el diferencial de poder que se concentra en sitios estratégicos y permite encubrir la racionalidad de decisiones ideológicamente orientadas cuya comprensión se ve dificultada crecientemente, según plantean algunos analistas, en tanto y en cuanto existe una "publicidad de lo político" que "termina siendo de valor básicamente ritual y políticamente de escasas consecuencias, ya que remite a asuntos que, por su complejidad y características técnicas son materia excluyente de iniciados" De tal modo, políticos y gobernantes diluyen su rol de formuladores de diagnósticos y proyectos derivados de particulares comprensiones de lo real y de diferenciables modelos de sociedad a construir, para asumir crecientemente el de ejecutores de acciones sustentadas en la transparente evidencia de las cifras, los datos, las tendencias.

Así, se subvierte la antigua función de representación política, asociada a la idea de coparticipación en un ideario común y a la figura de sujetos capaces de resumir en sí y defender un conjunto de intereses opuestos a otros. Si el representante político hacía suyas voces particulares y las articulaba en un discurso con pretensión de liderazgo y validez nunca universal -porque se enunciaba frente a otros como palabra adversativa- este nuevo político se convierte en un operador que sopesa posibles estrategias de acción en base a la valoración de información que se presenta sólo técnicamente manipulada. No hay proyectos: la realidad particular, colectivizada mediante su procesamiento estadístico y su exhibición mediática, es la que manda.

Por otro lado, así como se diluyen los propósitos hegemónicos, esa colectivización de lo individual mediante el recurso de la abstracción, diluye "el único factor material indispensable para la generación de poder", según lo plantea Hanna Arendt: "el vivir unido del pueblo", condición necesaria para que persistan "las potencialidades de la acción".

Juan Enrique Vega ha señalado que "la asimilación de la idea de comunidad política a la de mercado de ciudadanos, ha conducido a que la discusión sobre los bienes públicos, cada vez más, se asemeje a una elaboración de ofertas en que el mismo ciudadano es entendido simplemente como consumidor" .El dispositivo de la interpelación individual a los ciudadanos con el fin de distinguir y agregar intereses como sustento de la acción política, nos enfrenta a un modelo de comunidad constituida técnicamente y a un modelo de representación fundado en la capacidad de "interpretación" de las respuestas que pone en cuestión todo discurso o práctica que quiebre esa lógica dominada por la cantidad y la adecuación a ella.

Pero no se trata de que los índices que no alcanzan significación estadística, o los porcentajes marginales representen, en este modelo de construcción del saber para el hacer, una parte minúscula y, por ende desechable. Es decir, no se trata de que las posiciones o propuestas minoritarias pierdan eficacia, en un sentido pragmático. El efecto transformador consiste, como bien lo ha postulado Jacques Rancière, en la desaparición de la política como forma de cuestionamiento de "todo orden de la distribución de los cuerpos en funciones correspondientes a su 'naturaleza' y en lugares correspondientes a sus funciones"

En ese sentido, y tal como él mismo lo plantea, la conjunción de lo científico y lo mediático -de la abstracción estadística y de la visibilización de las regularidades y discontinuidades de personas contables en función de sus opiniones-, impide el reconocimiento de lo "no contable", "la constitución política de sujetos no identitarios que perturban la homogeneidad de lo sensible al hacer ver juntos mundos separados, al organizar mundos de comunidad litigiosa". La idea del consenso como realización plena de la democracia en tanto acuerdo razonable de individuos y grupos sociales -que Rancière cuestiona como verdadera borradora del obrar democrático-, se articula con una idea de sociedad según la cual las partes ya están constituidas, inmovilizadas en un régimen categorial al que cada quien debe atenerse para garantizarla y hacerla viable. De ahí que el consenso, más que el arreglo de "los problemas por medio de interlocutores sociales juiciosos", signifique "arreglar el litigio en su principio, como estructura específica de comunidad" postulando "la identidad de la comunidad consigo misma, el reino del derecho como idéntico a la supresión de la distorsión".

## 2 LA LÓGICA DE LA INTERACCIÓN Y EL CONSENSO

Sin embargo, lo que se proclama como ideal democrático es el acuerdo razonable de individuos y grupos sociales imbuidos de la convicción de que "el conocimiento de lo posible y la discusión entre interlocutores" es para todos -y para cada uno- preferible al conflicto como vía para obtener lo mejor, a partir de los datos objetivos con que se cuenta. El conocimiento de las ofertas y las capacidades de negociación (búsqueda, selección, estrategias de transacción) en función de intereses particulares, como comportamientos habilitantes para integrar una sociedad de públicos y consumidores, asoma en la esfera política. La gestión será el nuevo nombre con el cual se estigmatiza la confrontación.

Y permítanme compartir una muestra de ello: *"Estimado ciudadano:*

*Nuestro país no vive momentos felices. Sobran las preocupaciones y son muchos los problemas que esperan una solución. Es muy fácil quejarse y manifestar críticas culpando siempre a los demás por lo que estamos sufriendo. Resulta mucho más difícil desarrollar ideas y propuestas compartiendo así, como compatriotas, la responsabilidad por el bienestar de la Argentina.*

*En los tiempos electorales vivenciamos los habituales rituales de quienes luchan por el poder. Los partidos políticos y sus candidatos se ponen 'en campaña' en vez de escuchar y pensar. Pero hay otra opción. No olvidemos que cada elección es la oportunidad de un nuevo comienzo. Hay que detenerse y reflexionar respecto del lugar donde estamos y a donde queremos llegar. Todo está a nuestro alcance si unimos esfuerzos.*

*No son las quejas las que producen cambios, sino las reflexiones, las propuestas y la acción. Si queremos otro país, un país mejor, debemos cambiar primero nosotros mismos. Tenemos que participar y ser más activos. Depender de otro no nos hace feliz. En la democracia es el Ciudadano, es Usted la máxima autoridad. Quiero abrir el diálogo con usted, quiero escuchar su opinión. ¿Cuál es el problema que le preocupa? ¿Cómo se puede resolver? ¿Cuál es su propuesta?*

*Para alentar su participación hemos previsto un espacio al dorso de esta carta para que se manifieste sobre estos temas. Cada propuesta será analizada y usted recibirá mi respuesta.*

*¡Participe! Sólo así cambiaremos el país".*

Esta carta fue enviada a los hogares de los cordobeses por un integrante de la Unión Cívica Radical que se postula como candidato en las elecciones legislativas del próximo mes de octubre. En su encabezado, en lugar del escudo que identifica históricamente a dicho partido -y que sólo figura en el reverso de la carta- una suerte de margarita con pétalos dorados pretende, tal vez, simbolizar el renacer, la luz, la vida y hasta la primavera que se avecina y que numerosas publicidades comerciales enviadas por listas de correo a los hogares de los mismos cordobeses, evoca con similares íconos. En el reverso de la carta, hay dos espacios. Bajo las consignas "El tema que más me preocupa es...", y "Hay que resolver este problema. Mi propuesta es..." cada quien, sin la sola mención de ningún dato filiatorio que permita la clasificación u ordenamiento de las respuestas, puede hacer llegar su contribución.

No es mi propósito detenerme en un análisis semiótico clásico del texto en cuestión. Su inclusión obedece a que en él se condensan y despliegan, de manera ejemplar, algunos elementos constitutivos de ese predominante modo de

representación de la política en el cual asumen especial significación dimensiones de naturaleza tecno-comunicativa acerca del cual estamos reflexionando.

Como se advierte, el texto en cuestión plantea una contradicción entre los "habituales rituales" de la práctica política -entendida como lucha por el poder- y actividades tales como el escuchar y el pensar que adquieren, en ese planteo contradictorio, una significación positiva asociada a la idea de diálogo racional entre individuos iguales: el candidato que destina la carta e interpela y el destinatario poseedor de opiniones y propuestas- equiparados en esa posibilidad epistolar.

Esa positivización de un recurso comunicativo interactivo y personalizado como modo de construcción de propuestas para la construcción de la República -en su más lata significación de res-pública- , como opción frente a las estrategias propagandísticas propias de los momentos electorales, bien podría interpretarse como una respuesta adecuada frente al creciente descrédito de los políticos, las instituciones partidarias y sus típicos modus operandi , que constituye uno de los datos insoslayables de nuestras escenas nacionales. Es decir, podría leerse como una más refinada estrategia de campaña. Y sin duda lo es, aún cuando el candidato en cuestión no invite a votar por él -invitación que sí formula en visibles afiches callejeros.

También podría, desde un generalizado sentido común, valorarse el llamado a la actividad ciudadana como promoción de una cultura en que se superen los instaurados modos de individualismo e indiferencia que se tematizan desde diversos ámbitos.

Pero más allá de la eficacia persuasiva que pueda tener esta nueva modalidad propagandística y de lo que ella podría revelar en términos de un estilo diferenciado de acción política con que el candidato se presenta ante la ciudadanía, lo que me interesa relevar es la inscripción de esta estrategia en una serie mayor -que venimos desplegando- constituida por variados dispositivos orientados a reconfigurar la política como esfera y práctica de articulación entre demandas y satisfacciones, entre individuos con necesidades, carencias, expectativas, e individuos con competencias para satisfacerlas.

Esa inscripción se produce de diversos modos. En primer lugar desde la denegación de una estrategia -la lucha por el poder- como opuesta a otra -la elaboración de propuestas y desarrollo de acciones-. La primera representaría el enfrentamiento vano, la voluntad de dominación; la segunda una práctica basada en la condición racionante de los hombres y la eficacia garantizada por la conjunción de esfuerzos. La primera se asocia con la cooptación de unos individuos por otros; la



segunda con la capacidad de "escucha" que unos individuos desarrollan atentos a la palabra de otros.

La figura del "interpretante" se consolida aquí como caución de participación. La condición de político y legislador habilita para solicitar la palabra reservada (privada) de la ciudadanía que será respondida...siempre y cuando el ciudadano consigne su dirección postal. Sin embargo, a falta de respuesta epistolar, en caso de no consignarse tal dato, el análisis de las propuestas recibidas garantiza ser parte de la construcción colectiva del cambio. El interpretante-analista fundirá cada voz (cada texto recibido) en el crisol de una homogeneidad incuestionable: ni siquiera sabrá - como ocurre mediante la técnica del sondeo- a qué categoría pertenece ese decir. Tras la hipostasiada búsqueda de un espacio de recreación del debate como recreación del sentido de la política, el candidato ofrece la más palmaria reducción de los individuos a preocupaciones y problemas particulares, a la esfera de la pura contingencia y la necesidad. El ciudadano corresponsable se transforma en ciudadano corresponsal en un movimiento asimilable a la ficción comunicativa que a diario puebla las transmisiones radiales y televisivas de la mano de conductores que leen mensajes de espectadores participativos o simplemente los agradecen porque el tiempo es tirano y es tan grande la voluntad de decir que desborda las posibilidades del compartir y del confrontar.

Pietro Barcellona indica que "el conflicto que estructura la democracia lleva en sí, inevitablemente, el valor de la convivencia, pues de por sí consiste en la posibilidad de un orden infundado y, por tanto, de un orden que se hace cargo de la pluralidad de las razones, de la posibilidad de que una gane y que otra pierda, sin ser negada definitivamente por ello" . Cuando el conflicto se diluye en problemas y cuando los problemas se asumen como consecuencia de una falta o un retardo de los medios para solucionarlos sobreviene una suerte de "despolitización tecnológica" : la que hace recaer en la construcción de consensos en torno a las soluciones viables el sentido último de la democracia.

Por el contrario, la idea del antagonismo y la confrontación, la de la lucha por el poder -que necesariamente tiene inscripta la posibilidad de la derrota y su aceptación como riesgo democrático-, resultan estigmatizadas como no incluyentes de la heterogeneidad, de las diferencias. Quien no opina bajo los formatos establecidos, no participa y se margina del cambio; quien radicalmente se silencia o profiere una palabra no normalizada deja de hacerse visible en las pantallas. Quien en tiempos de crisis rechaza las visiones o versiones mayoritarias, merece la exclusión del campo de interlocutores .

La idea del conflicto como amenaza reduce la democracia a una regulación de diferencias que impide pensar su no-naturalidad. Las interacciones personalizadas y la agregación de expresiones de individuos abstractamente reducidos a cantidades homogéneas, como sustitutos del debate generador de opiniones en el seno de una colectividad y como instancia constitutiva de la colectividad, reduce las diferencias a meros rasgos distintivos.

Refiriéndose a la televisión, Beatriz Sarlo ha afirmado que "construye a su público para poder reflejarlo, y lo refleja para poder construirlo; en el perímetro de este círculo, la televisión y el público pactan un programa mínimo, tanto desde el punto de vista estético como ideológico. Para producirse como televisión basta leer el libro del público; para producirse como público, basta leer el libro de la televisión. Después el público usa la televisión como le parece mejor o como puede; y la televisión no se priva de hacer lo mismo". Una misma lógica de mercado -fundada en el exhaustivo conocimiento del otro como portador de necesidades e intereses a satisfacer garantizando la reproducción económica-, prima en la acción política característica de las democracias liberales, en las cuales esa primacía no puede ponerse en tela de juicio porque, como sostiene Barcellona, "la posibilidad de decidir/innovar sobre el tipo de conflicto permitido y de introducir intereses no negociables (...) que permitirían establecer por consiguiente una 'jerarquía de valores' queda fuera de este esquema".

Al relacionar ambas consideraciones no estamos tratando de establecer una suerte de analogía. Lo que postulamos, es una unicidad de pensamiento y acción. Los ciudadanos, como los públicos, son resultado de un orden categorial que define los límites de lo que puede problematizarse y los modos para hacerlo. Luego, cada quien, puede formular sus propuestas y acordar con unos u otros representantes. Pero lo que no puede hacerse, bajo esos dispositivos regulatorios, es "dar valor a algo que todavía no está definido, incluido en el orden existente, en los lenguajes codificados". Lo que no puede construirse -pensarse- es otra idea de comunidad y de acción expresiva que no sea la de quien interactúa en base a interpelaciones normalizadas y virtualizadas.

Frente a esta lógica dominante emergen y se desarrollan, sin embargo, algunos movimientos, agregaciones y luchas colectivas que refiguran práctica y simbólicamente los modos de expresión y representación de actores, interacciones, intereses y demandas, entrelazando fuertemente dimensiones políticas y dimensiones subjetivas. Germán Rey, en su sugerente trabajo "Espacios abiertos y diversidad temporal. Las relaciones entre comunicación y política", incluye un variado abanico de experiencias que se resisten a ser normalizadas para expresar viejos y nuevos conflictos vinculados a la nominación y ubicación de los individuos en la sociedad. En nuestro país, el

movimiento piquetero adquiere una significación particular por su novedad, su continuidad, los sectores que aglutina. Pero más allá de un análisis de dichos aspectos o de una valoración pragmática en términos de su eficacia reivindicativa e incluso, en términos de construcción de alternativas frente a la crisis que atraviesa el país, me interesa destacar lo que, en dicho movimiento, resiste -presenta resistencia- a las formas de la regulación.

Cerradas sus fuentes de trabajo, obligados a abandonar pueblos convertidos en fantasmas, desalojados de viviendas que ya no pueden costear, sin acceso a nuevos empleos que no existen, los piqueteros han perdido el lugar de la reivindicación laboral y ha visto diluirse el patrón ante quién demandar. Con sus cuerpos -que estadísticamente son depositados fuera de los márgenes del circuito productivo-, los piqueteros invaden el espacio público, lo fragmentan y detienen su flujo para mostrarse como cuerpos vivientes; para decir a la sociedad que cuentan y que rechazan ser excluidos por su condición de "desocupados".

Minimizando la importancia de una de sus jornadas de lucha convocada nacionalmente, el Ministro del Interior aludió al exiguo porcentaje de desempleados y/o marginados que habían participado en los cortes de rutas y accesos a centros urbanos, violentando el derecho "de los demás". La Ministra de Trabajo utilizó, con el mismo fin, los resultados de encuestas según las cuales la ciudadanía -la población- rechaza mayoritariamente ese tipo de manifestaciones que altera el funcionamiento normal del tránsito -del intercambio, podría pensarse-. Consecuentes con esas declaraciones, se deciden desalojos más o menos violentos según los casos y con singular violencia desde el poder se constituye discursivamente a los piqueteros como enemigos del orden y las formas democráticas en un intento por desalojarlos de la consideración social en tanto individuos que buscan "un lugar". Casi invariablemente los piqueteros responden "aquí nos quedaremos" diciendo de ese modo que tienen un lugar en la sociedad en que viven. Que debemos reconocerlos como miembros de ella alterando la valoración que privilegia la producción y el intercambio por sobre la vida. Que para ello la sociedad toda debe cambiar. Que lo que debe negarse es la exclusión.

En el marco de una escena constituida por diagnosticadores de problemas y propositores de soluciones -sean ellos políticos, periodistas o ciudadanos- en el marco de una escena de constante presentificación de las faltas, las carencias, las miserias, a través de mediciones sin rostros o de los rostros televisados de quienes padecen y de una constante remisión a las viables estrategias de reparación, la expresión del conflicto equivale a desmontar la regulación técnica de las interacciones reponiendo una reflexión moral como fundamento de una acción política y comunicativa; una

reflexión que habilite la presencia del otro no en términos de diferencia categorizable sino en términos de equidad.

## BIBLIOGRAFÍAS

Benjamín Arditi, "La mutación política: Un mapa del escenario post-liberal de la política"; en Nueva Sociedad, N° 150 Caracas, 1997

Hanna Arendt, La condición humana, Paidós, Barcelona 1993

Pietro Barcellona, Postmodernidad y comunidad. El regreso de la vinculación social, Ed. Trotta, Madrid, 1992

Jorge I. Bonilla y Gustavo Patiño, (eds) Comunicación y política. Viejos conflictos, nuevos desafíos, CEJA, Santafé de Bogotá, 2001

Sergio Caletti, "Repensar el espacio de lo público", ponencia presentada al Seminario Internacional "Tendencias y retos de la investigación en Comunicación en América Latina", FELAFACS-PUC del Perú, Lima, julio de 1999.

Sergio Caletti, "¿Quién dijo República? Notas para un análisis de la escena pública contemporánea, o de cómo el orden ha vuelto a imperar" en Versión. Estudios de Comunicación y Política, N° 10, UAM, México 2000

Jean-Marc Ferry, Dominique Wolton y otros, El nuevo espacio público, Gedisa, Barcelona, 1992

Norbert Lechner, "La política ya no es lo que fue", Nueva Sociedad, N° 144, Caracas, 1997

María Cristina Mata, "Indagaciones sobre el público", Revista Estudios N° 13, Centro de Estudios Avanzados -UNC, Córdoba, Ene-Dic 2000

Jesús Martín-Barbero, "Cambios en el tejido cultural y massmediación de la política", en Bonilla y Patiño (eds.), Comunicación y política. Viejos conflictos, nuevos desafíos, CEJA, Santafé de Bogotá, 2001

Jacques Rancière, El desacuerdo. Política y Filosofía, Nueva Visión, Buenos Aires, 1997

Germán Rey, "Espacios abiertos y diversidad temporal: las relaciones entre comunicación y política" en Bonilla y Patiño (eds) Comunicación y política. Viejos conflictos, nuevos desafíos, CEJA, Santafé de Bogotá, 2001

Beatriz Sarlo, Escenas de la vida posmoderna, Ed. Ariel, Buenos Aires, 1994

Héctor Schmucler y María Cristina Mata (eds). Política y comunicación ¿Hay un lugar para la política en la cultura mediática?, Catálogos - UNC, Buenos Aires, 1992

Juan Enrique Vega, "Globalización y política: Chile, las tres transiciones", documento presentado en el "Taller Internacional Efectos de la Globalización en Bolivia", CEDLA, septiembre de 1999

Louis Wacquant, Las cárceles de la miseria (Manantial, Buenos Aires, 2000)